



## II

### EL CRISTO ESPERADO



Inicial de un Flavia Josefo del siglo XII.  
Biblioteca de M. Ambr. Firmin-Didot.

MIENTRAS tanto el mundo esperaba; y ¡en qué estado! La ciencia moderna, siguiendo sus afirmaciones de que el hombre llegó por sí á ser un ente religioso, nos presenta la humanidad entregada á sus propias opiniones en materia de religión. Los ídolos en lugar de dioses, los hechiceros y asesinos en lugar de sacerdotes; los seres humanos por víctimas, tales son las religiones encontradas y escogitadas por el hombre. «Esta *divina* facultad de la religión pudo compararse por mucho tiempo á *un cáncer* que era preciso extirpar de la especie humana, una causa de error y de crímenes que

»los sabios debían estudiar é inquirir sobre el modo de suprimirla.»

Todas las religiones anteriores á Jesucristo, exceptuada la del pueblo judío, fueron satánicas, antisociales y deshonorosas, así para el hombre como para Dios. Esa es la opinión y confesión explícita de un enemigo de la Iglesia Católica. Él no ha podido ménos de reconocer el hecho, y ese hecho destruye completamente su sistema. Bossuet, con la superioridad de su talento, que frecuentemente no es más que la superioridad de la fe, ha dicho: *«Las naciones más civilizadas eran las más ciegas en materia de religión. ¡Tan cierto es que en este punto es necesario ser instruido y enseñado por una gracia particular y por una sabiduría más que humana!»*

¿Qué religión había en la antigüedad en donde no se contrasen establecidos los groseros sortilegios, la idolatría y los sacrificios humanos? Todos estos horrores y monstruosos extravíos iban á la par con la molicie de las costumbres, con los circos y sensualidad de la vida, así pública como privada, de las dos principales ciudades de Roma y Atenas, en que estaba como encarnado el progreso de aquella época. En esos mismos grandes centros de cultura jamás fueron abatidos los sacrificios humanos prescritos por las reglas litúrgicas. No era bastante para multiplicar los suplicios el que una religión ordenase que los ídolos se vieran siempre rodeados de montones de cadáveres, como sucedía en Cartago y en Dahomey. En la misma

Roma, en su sangriento circo, en nombre de la religión se infería, antes que la muerte, el dolor, la tortura, el prolongado martirio, empleando el candente hierro ó los dientes de las fieras; y de la misma manera en todo el imperio romano, y casi en toda la superficie de la tierra; por la misma religión estaba sancionada la más asquerosa corrupción, que daba por resultado la muerte, con mayores dolores y sufrimientos para el alma que para el cuerpo.

Nosotros, cualquiera que sea nuestro estado y condición, ya seamos padres, hijos ó esposos, no representamos, por la misericordia de Dios, esa vergonzosa civilización, en la que el género humano, en sus tres cuartas partes, estaba privado de la dulzura y consuelos de la vida de familia, y en donde ninguno gozaba de la plenitud de su conciencia, ni de la dignidad de su alma. En toda la Grecia, consagrada enteramente al culto y prácticas del amor obsceno é impuro, no existía ni un solo templo levantado para honrar el amor conyugal.

Ese es el progreso tan decantado á que avanza el hombre que por sí mismo y por propia evolución llega á ser un ente religioso. Su religión era un cáncer, y ese cáncer devoraba su carne. ¿En dónde están los llamados sabios que se proponían extirpar ese cáncer? Sólo después de la venida de Jesucristo ha conocido el mundo, enemigo de Cristo, tan elevados y tan dignos sabios, pues antes ignoraba completamente la antigüedad de qué especie ó grado jerárquico eran semejantes hombres; y

áun habiéndoles conocido, no hubiera podido soportarlos en su seno. Cuando Satanás triunfa del hombre hasta hacerse adorar por él, es tan déspota y tan cruel que ni suscita ni permite el libre examen; porque no estando en posesión de la verdad, le falta la paciencia, que es como la tregua y la tolerancia que hay en Dios, á fin de que la inteligencia extraviada se abra á la luz de la justicia y de la razón. Á ejemplo de Satán, padre de la mentira, no son más tolerantes sus secuaces, ni dan más libertad para discutir Minerva en Atenas y Júpiter en Roma que Calvino en Génova, Mahomed en la Meca, Lutero en Copenhague y J. Smith entre los Mormones. Los cristianos rehusaron públicamente ofrecer incienso á los ídolos, y los que entre los paganos estaban reputados por esclarecidos sabios pidieron que se diera reparación á los ídolos ultrajados, y que á ese fin los cristianos fueran arrojados á los leones. Ahí está la discusión y la libertad de examen que concede el error.

Antes del Cristianismo, ¿qué poder ó influencia tenían los sabios? ¿Qué es lo que ellos hubieran sabido poner para reemplazar los dioses del paganismo? La razón humana, abandonada á sus propias fuerzas en el estudio y conocimiento de Dios y de sus eternos atributos, marcha rápidamente hacia el politeísmo, de la misma manera que en nuestros días converge y es arrastrado hacia el panteísmo todo lo que se separa de Jesucristo. El politeísmo llegó hasta el extremo de adorar muchos ídolos, y á eso mismo vendrá á parar el panteísmo, pues por parte

de los llamados sabios no habrá ninguna ó muy poca resistencia. Habiendo sido criado el hombre para adorar, es necesario que adore algo. Donde quiera que ha desaparecido el culto y el honor á Cristo, ha principiado el reinado de la idolatría; cae el Cristo, y en seguida se levantan ídolos, y las pasiones y los dueños y dominadores de los pueblos son reputados por dioses.



Lámina 6.—Platón.

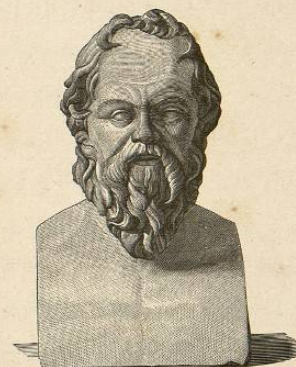


Lámina 7.—Sócrates.

Están ejecutadas conforme á la *Iconografía griega* de Visconti.

Emancipada y divorciada la ciencia de la divina revelación, no nos enseña ni ofrece más que horribles fenómenos delante de los cuales desaparece y se pierde al momento la noción legítima de la adoración. El hombre estaba hecho el juguete de fuerzas contrarias, en su mayor parte crueles y todas rigurosamente ignoradas, cuyo fin incierto y oscuro no puede comprender, y de

las cuales puede siempre abrigar temores por el abuso con que puede emplearlas un inicuo capricho ó una maligna intención. Todo eso es causa de perpetuas angustias y terrores, y de ahí han surgido los delirios de la superstición, y ahí está condensado el paganismo entero.

Hay, dice Bossuet, un cristianismo de la naturaleza, y hay también otro paganismo natural, que es como un abismo puesto bajo los piés del hombre; ¡y ¡oh! cuántos caen en él todos los días ante la plena luz y revelación de Dios! Ahí fué donde se sumergió el mundo; y si los sabios de la antigüedad pudieron salir ó no de ese abismo, lo que consta y es cierto es que no lo intentaron jamás. La ciencia puramente natural despreciará, si se quiere, el error común; pero no por eso deja de acompañarle y honrarle en sus viles é inmundos altares. Moisés fué el único legislador de la antigüedad que, animado del espíritu de Dios, tuvo valor para hacer pedazos un ídolo popular; y no se encuentran más que en su pueblo imitadores de tan edificante y valeroso ejemplo. Solón mandó levantar el templo dedicado á la prostituta Venus. Sócrates, Platón, Cicerón y Séneca creyeron en la unidad é inmortalidad de Dios; pero Sócrates al morir ofreció sacrificio á Esculapio; Platón se guarda y teme incurrir en una acusación de impiedad por parte del pueblo; Cicerón, siendo ya sacerdote del templo dedicado á la Tierra, solicita y alcanza el cargo de augur, y el moralista Séneca observa y cumple los ritos paganos.

Para destruir la idolatría y curar el cáncer del paganismo hacía falta la sangre de los mártires, que venía á ser como la sangre de Jesucristo, de quien recibían la fortaleza y el consuelo. Los filósofos y los libre-pensadores paganos han hecho lo que podían hacer los oradores que el discípulo de Sócrates representa sentados en el banquete del poeta Agathón. Discurriendo y perorando sobre la virtud y sobre la verdad, fueron ellos los que corrompieron la tierra. El genio de Platón, iluminado por los lejanos resplandores del Sinaí, ha exhalado algunos ecos magníficos; pero ¿se tomó el cuidado y trabajó por saber lo que era la verdad? En este diálogo del banquete, en donde algunos momentos parece Sócrates estar lleno y poseído de ideas y sentimientos cristianos, se enaltece y glorifica como el principio más activo y eficaz de la virtud la pasión más abominable; y Sócrates pretende recibir de una cortesana los bellos pensamientos con que tiene encantados á sus oyentes. Aunque se reuniesen todos los crímenes y perversidades que se expían en los establecimientos penitenciarios, no tendrían comparación con la esencia y carácter de la corrupción espantosa de aquellos tiempos. El refinamiento y molicie de la familia era el objeto del arte y de la ciencia de los *sabios*. San Agustín se arrepiente de haber alabado esos impíos, y dice de ellos: «Platón y sus secuaces» no habían nacido para ilustrar y enseñar á los pueblos, ni para «sacarlos de la aberración universal y conducirlos al culto verdadero de Dios.»

Se podrán citar máximas bellísimas de los paganos; pero entre ellos, esas bellas máximas son tan numerosas como los templos; y ni los templos tuvieron santidad ni las máximas virtud hasta que vino Jesucristo y las penetró de su espíritu. «Observad á esos filósofos, dice Bossuet, en lo tocante á sus máximas, y veréis que ni ellos mismos las entienden.» No hay nada tan admirable como el apólogo de Sócrates sobre el carácter y destino del hombre verdaderamente justo: «Que su abnegación, dice, por la justicia le atraiga un renombre infamante; que, siempre en realidad virtuoso y siempre reputado por criminal, quiera perseverar así hasta el fin de su vida... Este justo se verá azotado, cargado de hierro, entregado al tormento; se le quemarán los ojos; él será, en fin, clavado en una cruz.» El espíritu cristiano se asombra y admira ante esta profética inspiración. Pero ¿qué impresión hacía ésta, ni qué comprendía el mundo acerca de ella antes que los pueblos hubiesen visto el árbol del Calvario y gustado de sus frutos? El paganismo deducía de ahí que, á lo más, sería preciso confesar que el justo en la cruz tenía apariencia de tal, pero jamás que enseñase á serlo en realidad, concluyendo de ese extraviado concepto que la suerte del injusto es más dichosa que la del hombre probo.

Los poetas romanos son fecundos en máximas irreprochables, y gran copia de sentencias altamente morales se recoge en los escritos de Ovidio, aunque ningún provecho reportaban á la vida práctica. También las vierte Horacio, sin embargo

de menospreciar seriamente todo lo que no fuese placer. Severo en formas, como un fariseo, no temía escribir «que una muerte era bien poco para la vestal impura»; pero, en contraposición á tan juiciosa idea, no cesaba de repetir y aconsejar el, al parecer, severo moralista que era preciso aprovecharse de los momentos de placer que dejan los dioses á los mortales. Era bien conocido, además, aquel famoso principio «conócete á ti mismo», sentencia admirable, grabada en el templo de Delfos, la cual decía Juvenal que había sido inspirada del cielo; pero, sin embargo de eso, jamás se encontraban los medios de llegar al propio conocimiento y á la ciencia de vencerse, pues pocos fueron los héroes que ensayaron ese ejercicio, y ménos todavía los que, habiendo principiado á vencerse, perseveraron en obra tan laudable. Nosotros sabemos que Pilatos, encogiéndose de hombros, preguntó: «¿Qué cosa es, pues, la verdad?» Y este mismo Pilatos, que manda azotar al Justo como un ensayo para salvarle la vida, y que le hace clavar en cruz para no incurrir en desgracia, este mismo Pilatos, que pronunciará en voz alta las memorables palabras *Ecce Homo*, no ignoraba, sin duda, el *Homo sum* de Terencio, y le había quizá murmurado cuando se le presentó el hombre de dolores bajo apariencias tan humillantes. No despreciamos nosotros esas sentencias, por más que sean estériles, pues, al ménos, son un testimonio del alma, que acredita ser naturalmente cristiana, según frase de Tertuliano; testimonio semejante al que dan las plantas

estériles y frondosas acerca de la riqueza y feracidad de la tierra en que han nacido.

Después de la venida de Jesucristo, los frutos y el desarrollo moral han sido más abundantes y tomado un carácter más augusto. Perseo, Séneca y Juvenal tienen algunos matices y acentos de los Apóstoles. Y así se ve que, viviendo Calígula y Nerón, el mismo Séneca pronunció esta admirable sentencia: «El hombre que es desgraciado inspira misericordia y debe mirarse como cosa sagrada.» Pero ese mismo Séneca, cortesano de Calígula y de Nerón, había renunciado un puesto oficial por no lastimar ni contrariar la vanidad del primero, que se creía gran orador, y acudía á emplear públicamente su elocuencia para justificar y excusar al segundo de haber matado á su misma madre. Para comprender mejor la condición del mundo en donde se dice que no es necesario Jesucristo, es bueno saber lo que en él se pensaba respecto del alma humana, cuestión muy agitada entre los filósofos, aún entre los que estaban á la cabeza del movimiento científico de la sociedad pagana, pues es bien notorio que, en Atenas y en Roma, los gobernantes eran filósofos y personas de letras.

Según opinión de un académico de nuestro tiempo, la Judea fué «enteramente extraña á la teoría de las recompensas individuales que la Grecia prodigaba con el nombre de inmortalidad del alma.» En esta afirmación da á entender este académico que ante sus ojos la inmortalidad del alma, y aún el alma

misma, no son más que meras concepciones filosóficas. Este es el punto de partida de la antigua civilización, y los esfuerzos que ella hizo, y que la honran, para llegar á ese ideal, deben renovarse hoy para bajar de una altura todavía mayor. La cuestión del alma humana está íntimamente ligada con la existencia de Jesucristo, pues para que Jesucristo deje de ser Dios es esencialmente necesario que el alma no sea responsable ó que no sea inmortal.

Desde luego debemos advertir que no es cierto, como lo supone el susodicho académico, que la Judea fuese extraña á la teoría de la inmortalidad del alma, porque en los libros de Moisés, anteriores á toda literatura y á toda filosofía, ya es llamado Dios «*el Dios único, Señor de todo lo existente, que hiere y cura, que da la muerte y resucita á la vida*». Más de veinte pasajes de la Escritura establecen la misma verdad. «Estos judíos, dice Tácito, aludiendo al mismo tiempo á los romanos, creen que las almas son inmortales; se regocijan de ser padres, y comprenden que no es lícito quitar la vida á los hijos á quienes se la han dado.» Y todo esto es tan notorio, que sería preciso no tener conciencia aún para aparentar ignorarlo.

Los innumerables sistemas de los antiguos filósofos acerca de la existencia del alma ó de una sustancia que piensa figuran entre los testimonios que demuestran más palpablemente la humana flaqueza, y por lo que ellos dicen se ve que el alma es el corazón mismo, ó una parte selecta de sustancia cerebral; un

aire muy sutil, una hermosa armonía, resultante de la concordia que existe entre las diversas partes del cuerpo; un número que se mueve por sí mismo; una porción de materia derramada en el cuerpo humano, en donde ella toma un carácter particular, según el lugar que ocupa. Según otros testimonios, el alma humana es un principio activo que, resultando de combinaciones materiales, produce el fenómeno que se llama vida y movimiento. Aristóteles imagina que es una *entelequia*, ó sea forma esencial ó movimiento perpetuo, y ese es el origen que da al alma, aunque ignora cuál es el fin de la misma. Á la pregunta de si el alma es inmortal, responde el maestro de Pitágoras, Ferecides, refiriéndose á Cicerón, afirmativamente, según lo atestigua Cicerón, el cual encuentra grande embarazo para separarse de esa creencia y bastante contento de no estar seguro en ella. Muchos sostienen que el alma muere con el cuerpo; los estoicos juzgan que vive tanto tiempo como las cornejas; Pitágoras cree que el alma ni es perecedera, ni es inmortal, sino que, después de una serie indeterminada de transmigraciones, llega á ser como una parte oscura é ignorada de la Divinidad; de suerte que, habiendo habitado en los hombres, después en las bestias y luégo en los vegetales, va á juntarse con el alma universal, y se pierde y confunde con el todo. Aristóteles es incomprendible, y nada dice; Platón, siempre ingenioso y brillante en sus conceptos, incurre en contradicción; Panecio enseña que el alma está sujeta á sufrimientos, y deduce de ahí que no pue-

de estar dotada de inmortalidad. Esa idea de la inmortalidad del alma parecía á Plinio una fábula pueril, una repugnante hin-

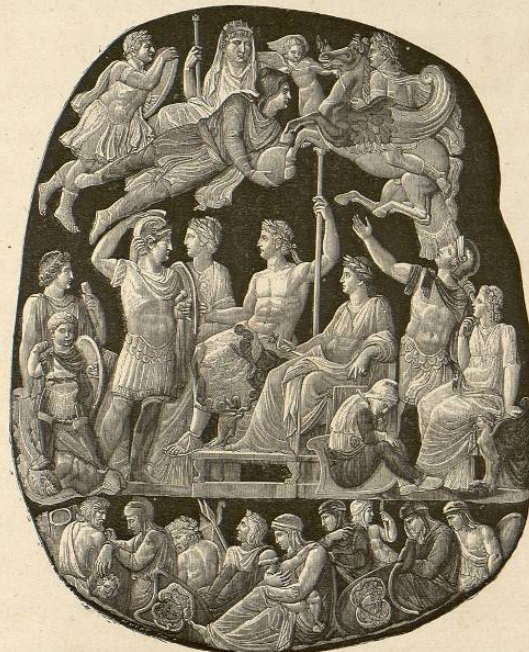


Lámina 8.—Los Césares divinizados. En la parte alta se ve la apotheosis de Drusio el antiguo, de Julio César y de Augusto, que habitan el Olimpo; en el centro se ven Tiberio y Livio presidiendo el culto de Augusto, y rodeados de Drusio el joven, de Germanico, de Agripina y de Calpúgula cuando estaba en la infancia; en la base se ven las naciones vencidas y reducidas á esclavitud por Tiberio.—Camafeo de tiempo de Tiberio, conservado en la Biblioteca nacional de París.

chazón del orgullo humano y el colmo de la demencia. «El último día de la vida, dice Séneca, es el día del nacimiento á la vida eterna;» y en otro lugar de sus obras afirmaba que, «si es

«verdad que el alma sobrevive al cuerpo para existir sin él, entonces la vida futura debía ser preferible á la vida presente».

Una palabra humilde que dijo Sócrates vale más que todas las teorías de los otros filósofos y que las suyas propias. Ante el problema de la unión misteriosa entre el cuerpo y el alma, confesando él la impotencia del espíritu humano para comprenderla, invoca el auxilio de una revelación divina, y eso le hace esperar que después de la muerte se hallaría él reunido con los buenos, si bien no se decide enteramente á afirmar si más allá de la muerte hay alguna cosa reservada para los buenos ó para otros. Esta viene á ser la sustancia de todos los discursos de Sócrates sobre esta materia; y Platón no se expresa de otro modo en sus propias opiniones. Por lo que á Cicerón toca, no se distingue de una inteligencia vulgar, pues duda si el alma será aniquilada después de la muerte, y en caso afirmativo, considera como una dicha el librarse de tantas miserias como hay en la vida y entrar á gozar de la dulzura de un sueño eterno. «Mientras yo viva, decía él, nada sufriré, porque no tengo nada de que arrepentirme; y luego que sea anonadado, tampoco experimentaré dolor alguno.» El sentimiento de la futura responsabilidad no preocupaba á esos filósofos, pues, de haberle tenido, no hubieran creído con tanta seguridad en su propia justicia, y aunque hubieran podido reputarse como justos, no hubieran dado tan fácil acogida á la idea de la nada, que tan horrible es al pensamiento ennoblecido y enaltecido por el Cris-

tianismo. Mas, en realidad de verdad, ni ellos se sentían justos, ni querían serlo, ni tampoco eran dichosos, pues los acentos de desesperación y de disgusto de sí mismos se encuentran frecuentemente en Horacio, filósofo epicúreo; y los estoicos conceden al hombre el derecho y aún le imponen el deber de inferirse la muerte, y todos consideran el total aniquilamiento del ser humano como su mayor y más segura felicidad. «Dormir sin delirar, exclamaba Sócrates; porque si la muerte es alguna cosa parecida á ese sueño, desde luego yo la tengo como una gran fortuna del no ser.» Estos gritos de la miseria humana explican aquellas palabras del Apóstol, que proclamaba al mismo tiempo la necesidad del Cristo y de la revelación que esperaba Sócrates: «En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres.» De donde se ve que, por carecer los hombres del Cristo, estaban también privados de la vida.

«Entre los paganos, dice Lactancio, la ciencia tiene sus doctores, que no enseñan el camino para acercarse á los dioses, y la religión sus ministros, que no enseñan la sabiduría; de donde puede concluirse que el paganismo ni es la verdadera sabiduría ni la verdadera religión.» Grandes aberraciones en materia de religión, y en el campo de la ciencia no podían menos de dar por resultado una moral que no era otra cosa que el desprecio de todo. Los sofistas, aún los más lógicos, llegaron á sostener que no hay nada justo ó injusto de su propia naturaleza, sino solamente por la voluntad del legislador; y otros, sin afirmar ese



absurdo, acreditaron evidentemente que le tenían por verdadero.

La noble escuela de Sócrates y de Platón engendró los pirronistas y los cínicos, y estos impuros y locos sectarios dieron bien pronto el triste espectáculo que de ellos conserva la historia. El mismo espacio de tiempo, con poca diferencia, media entre la enseñanza de Platón y Cicerón que el que hay entre la de los Apóstoles y el primer Concilio de Nicea. Ahora bien, para Cicerón, ¿qué verdad esencial permanecía establecida y adquirida en el género humano? Él habla de la oscuridad de las altas cuestiones que habían obligado á Sócrates, y ya, antes de él, á casi todos los antiguos filósofos, á confesar su propia ignorancia, y, según la opinión de ellos, nada puede el hombre conocer, nada entender y nada saber, y están conformes en sostener que los sentidos son limitados, el espíritu débil, la vida demasiado corta, la verdad encerrada en un abismo, sin que pueda haber para ella un lugar sobre la tierra, toda llena de dudas y opiniones, y que todo, en fin, está cubierto de espesas é impenetrables tinieblas. «Esta es la razón, dice el mismo filósofo, por la que Argesilao sostenía contra Zenón que nada se puede saber, en vez de decir que nada se sabe, que era la opinión de Sócrates. No hay nada, por consiguiente, que pueda verse y comprenderse, ni que pueda tenerse por cierto;» y tal es el progreso y el fin á que llegó la ciencia antigua algunos siglos después que Platón la había elevado á su mayor altura.

Por el contrario, la enseñanza de los Apóstoles, en el mismo espacio de tiempo, al través de las herejías, en medio de los suplicios, y cuando el mundo pagano estaba para disolverse, entona un cántico universal, cual es el Símbolo de Nicea, afirmación soberana y solemne de verdades y de principios que salvan el alma y restauran el mundo. Cuando los antiguos atenienses se vieron libres de la peste, levantaron un altar *al Dios desconocido*, «con el fin de ver, decía San Pablo á sus discípulos, si buscando á Dios como á tientas, podrían al fin encontrarle». Mas luégo que San Pablo, anunciando este Dios delante del Areópago, explicaba todo lo concerniente á la justicia y á la resurrección, los sabios de la patria de Platón, en vez de creerle, tomaron á risa su enseñanza, lo que denota que ellos ni aún querían buscar ese Dios, y así en todo el paganismo, especialmente entre los sabios, se observa y se parodia la extrañeza de Pilatos cuando preguntaba: *Quid est veritas?*

San Agustín se asombra al ver que, después de la venida de Jesucristo, se encuentren hombres que, tomando sobre sí la misión de ilustrar los pueblos, prefieran el tener á Platón en la boca antes que tener á Jesucristo en el corazón; y desgraciadamente no faltan en ningún tiempo sabios de esta índole; aún concediéndoles que pueden interpretarse favorablemente muchos puntos dudosos de la doctrina de Sócrates y de Platón, y aún librando á estos sabios de la vergonzosa nota de haber positivamente creído en la metempsícosis, en la preexistencia y